

"El Espíritu Santo me mueve a escribirle"

Tomado de:
Congregación de HH. del Ángel de la Guarda
Documentos de la Fundación (publicados en 1983)

El documento es un escrito de M. San Pascual, dirigido en septiembre de 1835 a la Madre María Teresa cuando ésta es elegida Superiora General de la Congregación de Saint Gildas. Toda la carta muestra claramente que su destinataria tiene miedo del cargo que le sido impuesto y que se cree incapaz de afrontarlo, pues es muy joven, solo tiene 28 años; poca edad para un cargo de tanta responsabilidad.

A continuación la carta de la Madre San Pascual a la Madre María Teresa:

No sé qué espíritu me anima. Me siento fuertemente impulsada a sugerirle algunas reflexiones apropiadas para sostenerla en la crítica posición en la que se encuentra. El celo que he tenido siempre por su progreso y el deseo que tengo de que no reciba en vano la gracia, me hace creer que es el Espíritu Santo quien me mueve a escribirle.

Ayer cualquiera podría pensar que V. había olvidado que no es más que el instrumento del que Dios se sirve. Que se miraba como el obrero mismo. Piense. Hermana (todavía le doy este nombre, porque cualquier otro le haría derramar lágrimas, y ya le dije ayer que mientras lllore no será capaz de superar la turbación en que se encuentra), piense que el instrumento no hace ningún movimiento por sí mismo. Que el obrero le emplee para una obra importante o para un trabajo común, él es siempre el mismo, y no le preocupa en absoluto si el obrero tendrá éxito o si estropeará el trabajo para cuya construcción lo utiliza. Pues bien, ¿no sabe que V. no es más que el instrumento del que Dios se sirve para procurar su gloria? Pero V. dice: exactamente eso es lo que me hace temblar y gemir, no tener la docilidad que sería necesaria. Mis pecados, mi orgullo, me hacen temer que Dios retire de mí sus luces y sus gracias. Témallo, tiene razón, Nuestro Señor nos dice a todos que caminemos en su presencia con temor y temblor. Si da este consejo a los inocentes, qué no dirá a los pecadores. Pero considere también, se lo ruego, que Dios casi siempre ha seguido la línea de escoger los más grandes pecadores y las gentes más débiles para realizar sus grandes designios. ¿Acaso San Pedro, cuando el Señor le eligió para gobernar su Iglesia, no tenía motivos para decirle que pusiera más bien a San Juan que había entrado antes que él en su compañía, que había

conservado su inocencia y que había amado tan constantemente a su Maestro; o no habría sido aún más conveniente que eligiera a San Andrés, su hermano mayor, que era el que le había llevado a Jesús, y que, por tanto, estaba antes que él en el apostolado? No pone objeciones. Es la voluntad de su Maestro. Se somete. No olvida su pecado, pero no olvida tampoco que es el padre de los cristianos y que para ellos representa a Jesús.

No habría debido decir San Pablo al Señor: Señor, soy un grandísimo pecador para trabajar en una obra tan grande como la de la salvación de las almas. ¿Por qué no pones en mi lugar a Ananías, el maestro que me diste en los caminos de la salvación?

¿Enviasteis a Pablo, primer ermitaño, a este tremendo desierto, porque era inocente?

No terminaría nunca si quisiera traerle todos los ejemplos que los Santos nos han dado de su total abandono en las manos de Dios.

Sobre todo, no olvide lo que se dice de la jornada, si V. la comienza por una buena oración, es cierto que la terminará bien.

Pues bien, querida Hermana, ¿no comienza V. una gran jornada, en la que va a encontrar grandes dificultades? Es, pues muy importante, que la comience bien. Para ello no recuerde el pasado sino para no olvidar que ha pecado, y que, por tanto, tiene necesidad de hacer penitencia. Su corazón, convencido de esta necesidad, se consolará viendo todas las que se le presentan en la gran jornada de que le hablo. ¡Oh!, deje de lado el qué dirán y el qué han dicho. ¿Cómo se ha hecho esta elección? Poco le importa, no es asunto suyo, le basta saber que es Dios quien la ha llamado y que V. está obligada a seguirle.

Perdóneme. Me he dejado llevar una vez más por la costumbre de decir y hacer demasiado.

Crea en toda mi entrega.

*Sor Saint Pascal
Saint Gildas, 25 de septiembre de 1835*